

THE LADINO AS “TIME MACHINE” IN *TELA DE SEVOYA* OF MYRIAM MOSCONA

Resumen

El presente artículo presenta un estudio de las obras de la poeta Myriam Moscona, especialmente de *Tela de sevoya*, donde el judeo-español (o ladino) ocupa un lugar fundamental. Es la lengua de su familia, búlgara sefardí, y también es un código para acceder a una dimensión paralela en la cual remontarse atrás en el tiempo hasta hacer revivir sus ancestros y las florecientes comunidades judías balcánicas de los siglos pasados. En las conclusiones, se evidencia que, antes que nada, y sobre todo, el ladino es la marca de la identidad de los sefardíes, el elemento que les permite definirse en el mundo.

Palabras clave

Ladino, judeo-español, Moscona, sefardí, *Tela de sevoya*.

Abstract

The present article presents a study of the works of the poet Myriam Moscona, especially the *Tela de sevoya*, where the Judeo-Spanish (or Ladino) language occupies a fundamental place. It is the language of her Bulgarian Sephardic family, and it is also a code to access a parallel dimension in which she goes back in time to revive her ancestors and the flourishing Balkan Jewish communities of the past centuries. In the conclusions, it is evident that, but first and foremost, the Ladino is the hallmark of the identity of the Sephardim, the element that allows them to define themselves in the world.

Keywords

Ladino, judeo-spanish, Moscona, sefardí, *Tela de sevoya*.

EL LADINO COMO “MÁQUINA DEL TIEMPO” EN *TELA DE SEVOYA* DE MYRIAM MOSCONA

Alessia Cassani*
Università di Padova

«Al emplear estos *biervos*, remuevo algo de la vida y la muerte de esta lengua sin patria».
(Moscona, 2015, pp. 11-12)

En la introducción de su poemario *Ansina* (2015), Myriam Moscona explica la relación entrañable que la vincula al idioma judeo-español (o ladino) y el significado que este tiene para ella: «Hay expresiones que sólo me brotan en ladino: el habla que me permite entrar en otra dimensión del tiempo, en una más íntima, familiar y primitiva» (Moscona, 2015, p. 11). El ladino es la lengua de su familia de origen, búlgara sefardí, y de sus antepasados y utilizarla le permite estar en contacto con ellos y entrar en su mundo antiguo, a punto de desaparecer. Para la poeta, pues, el ladino, lejos de ser únicamente un idioma, también representa un código para volver atrás en el tiempo y penetrar en una dimensión paralela y mítica, donde todavía viven sus seres queridos y las comunidades que en los siglos contribuyeron al florecimiento de la cultura sefardí. Constancia que se evidencia especialmente en su —hasta la fecha— única obra de ficción en prosa, *Tela de sevoya*.

De hecho en las muchas entrevistas que precedieron y siguieron la publicación de esta en México (2012) y en España (2014), Moscona

* Doctora en Estudios Americanísticos por la Universidad de Génova. En la actualidad es profesora titular de lengua española en la Universidad de Padua. Entre sus publicaciones más recientes está “El eslabón abierto de una larga cadena”: el viaje identitario y literario de Myriam Moscona, en *Letterature d’America*, XXXIV, nn. 151-152 (2014), 2015, pp. 169-186. Contacto: alessia.cassani@unipd.it

El presente artículo es el resultado de un proyecto de investigación desarrollado en la Universidad de Padua.

Fecha de recepción: 5 de enero de 2017; fecha de aceptación: 6 de febrero de 2017.



apuntó claramente que el protagonista de su obra no era un personaje, ni ella misma, ni una comunidad, ni un lugar, sino esencialmente un idioma, el judeo-español. Justamente la lengua que oyó en casa de pequeña, ya que la hablaban sus abuelas. Una lengua que acompañó a los sefardíes durante siglos de peregrinaciones, desde la expulsión de los judíos de España en 1492 pasando por la dispersión por los países de Europa, de los Balcanes y del norte de África, y llegando a América, y a Moscona, a causa de la segunda diáspora sefardí en la posguerra. La autora se encontró en sus manos este idioma como un inesperado testigo de sus antepasados, con su tradición milenaria y las vicisitudes dolorosas de un pueblo perseguido que se aferró a sus acervos, su cultura y su idioma para mantener una identidad. Una lengua antigua que nunca fue idioma oficial o nacional y sin embargo sirvió de aglutinante para una comunidad que se integraba perfectamente con el entorno (búlgaro, griego, turco...) pero que al mismo tiempo deseaba y necesitaba conservar una identidad propia y especial, como una herencia que hay que preservar y transmitir a las nuevas generaciones para asegurarse una continuación. El idioma judeo-español es la condensación, la expresión verbal de esta identidad, que llega a Moscona con su carga cultural, histórica, afectiva y con la enorme responsabilidad de detener su desaparición:

Muy pocos idiomas en el mundo gozan del privilegio de conservar, como a través de una máquina del tiempo, los giros lingüísticos de hace quinientos años. Éste es el momento de su desaparición. La antorcha encendida se apaga en las manos de los últimos hablantes. El tema suscita discrepancias, pues algunos piensan que la lengua no se perderá. Nosotros celebraríamos que así fuera, y sin embargo no somos optimistas al respecto. Las razones se vinculan con una realidad: ya no hay niños que la usen en su vida cotidiana. En nuestra opinión, lo que podría conservarse es una memoria (Moscona, 2013, p. 5).

La sugerente similitud con la antorcha explica muy bien la sensación de precariedad que le da manejar el ladino: «Tengo la sensación de llevar una antorcha que lleva quinientos años encendida y que me han pasado en el momento en que su luz se está apagando» (Hevia, 2014), insiste la autora. Además de dar la idea de la delicadeza de su trabajo, esta imagen expresa también la naturaleza del ladino, o al menos de la percepción que la poeta tiene de él. Es una antorcha, es decir un medio para asegurarse calor y luz. En la novela a menudo se encierran en una unión sinestética las características de sonido,



luz y calor asociadas al judeo-español: «Las palabras son frágiles y la memoria que tengo de ellas está rodeada de calor» (Moscona, 2012, p. 17), «Eso se aproxima al calor del judeo-español en sus capas cubrientes» (Moscona, 2012, p. 18). Hasta la evocadora similitud con el espeleólogo, que finalmente recurre al sonido para orientarse, para “iluminarse”:

Entre lo estático y lo móvil, entre lo que ha permanecido y lo que se ha transformado, puedo seguir la huella de una lengua llena de ecos que me lleva de una zona del oído a un lugar primitivo donde se dice que el tiempo puede escucharse. Es la misma sensación del espeleólogo que ha perdido a sus compañeros en la oscuridad. ¿Qué hace sino gritar sus nombres? Sabe que el sonido es la única linterna para iluminar su desamparo (Moscona, 2012, p. 50).

El ladino también se coloca entre lo estático y lo móvil, entre una base medieval (especialmente en su fonética y en la conjugación verbal) y un léxico fluido, que ha incorporado en los siglos palabras hebreas, árabes, turcas, italianas, francesas... llevando las huellas culturales de los países donde peregrinaron sus hablantes. Una lengua que encierra en sí un mapa geográfico hecho de rutas que se entrecruzan y que tiene para la autora las resonancias de las voces de sus ancestros, desde los judíos expulsados de la España de los Reyes Católicos hasta sus abuelas búlgaras, pasando por los personajes que encuentra, física o espiritualmente, en ese viaje por los Balcanes y por el pasado sefardí que da origen a su novela. Su trabajo es, pues, el del espeleólogo. Debe seguir los ecos de las voces de todos los hablantes pasados del ladino hasta llegar al origen de todo, un origen primigenio que será, fatalmente, también el suyo propio, su raíz y su identidad. Una identidad que se percibe encerrada en la lengua: «Dudo que haya una lengua en el mundo que tenga un privilegio como tiene el español actual de tener bajo sus capas todavía viva una lengua en un estado naciente, arcaico» (EFE, 2014).

La “tela de sevoya” es, pues, el castellano, con sus “capas”, sus variantes diatópicas y diastráticas y concretamente esta variedad arcaica que es el judeo-español.

La idea del judeo-español como lengua que encierra un secreto, un mundo entero, está muy presente en toda la novela¹. Para el niño

1. Una explicación de la compleja estructura de *Tela de sevoya* se puede encontrar en Cassani, 2014 y en la nota 10 de este mismo texto.



Elias Canetti, que aparece en la historia en cuanto compañero de clase del tío de la narradora, es un código secreto para comunicarse sin ser entendidos por los demás (Moscona, 2012, pp. 54-55) y representa una identidad que va más allá de la nacionalidad (búlgara) y de la educación (en alemán) del escritor, aunando sus hablantes sin importar su extracción social, su instrucción y su historia, como la madre de Canetti y la abuela Victoria de la narradora.

Que el idioma sefardí constituya de por sí una identidad es algo muy evidente en la novela. Por ejemplo en el episodio de José Covo y José Stem, el primero sefardí francés, el segundo ashkenazi polaco. Los dos coinciden en México, huyendo de la guerra en Europa.

Comenzaron a tratarse, pero no se toleraban. Si el señor José Covo le hablaba en ladino, el señor José Stem contestaba en yidish. Nunca se entendieron.

- *El Dio que guadre a esos yidishbikos. No saven kualo keren, me van a kitar loko*².

2. 'Que Dios guarde a esos yidish. No saben qué quieren, me van a sacar de quicio'. Uno de los elementos caracterizadores del pueblo judío es su creencia en un Dios único. Su firme monoteísmo les lleva a considerar la -s final de la palabra Dios como un eco politeísta. La divinidad será, pues, *el Dio*. Por otra parte, en esta frase se pueden apreciar varios elementos distintivos del idioma judeo-español. Por ejemplo la metátesis del grupo *rd* en *dr. guadrar* en lugar de guardar. En cuanto al apelativo *yidishbikos*, se trata de un derivado diminutivo de yidish con el sufijo *-ico*, difuso en castellano pero típico del aragonés, que se ha generalizado en ladino. No es raro, de hecho, que el judeo-español presente palabras y estructuras de lenguas hispánicas no castellanas, pues a la hora de la expulsión de los judíos la península ibérica presentaba un cuadro de escasa homogeneidad lingüística y frecuentes interferencias entre las distintas lenguas que se hablaban. La diferenciación fonológica entre la bilabial oclusiva sonora /b/ y la labiodental /v/ es un rasgo típico del sistema fonológico castellano medieval que el ladino conserva (*No saven*). En judeo-español a menudo los pronombres sufren las mismas modificaciones que los adjetivos, así los relativos o interrogativos *la cuala / lo cuala o cuala* utilizado en lugar del interrogativo *qué*. Elementos que perviven en el castellano popular y no han entrado en la norma culta de la lengua. Las hablas judeo-españolas balcánicas se caracterizan en algunos casos por una hiperdiptongación, y en otros por la ausencia de diptongación, como en el caso de *Keren* ('quieren'). Asimismo, el verbo *kitar* se utiliza con un sentido más amplio que incluye también los matices de traer o sacar. En cuanto a la grafía, Moscona elige en gran parte utilizar la grafía fonética, representando con una *k* el fonema /k/, como sugieren las normas gráficas de la revista *Aki Yerushalayim*, que desde 1979 publica en judeo-español y que ha establecido para sus artículos unas reglas de ortografía que están sirviendo de unificación entre quienes escriben en ladino. De hecho, desde la Edad Media los textos ladinos se escribían en letra *merubá* (o escritura cuadrada, es decir, el alfabeto clásico hebreo), en *raší* (más típica del judeo-español) o en *solitreo* (para los manuscritos, sobre todo en Marruecos). Más tarde (alrededor del siglo XIX) cuando la occidentalización de los sefardíes empujó hacia la utilización del alfabeto latino (hoy en día el único utilizado para los textos sefardíes contemporáneos), se presentaron algunos problemas ortográficos ya que las comunidades tendieron a utilizar la ortografía más próxima a la de los países donde vivían (Turquía) o que ejercían una poderosa influencia cultural (Francia) o que representaban el origen etimológico de la lengua (España). Las normas ortográficas de *Aki Yerushalayim* parecen haber solucionado en parte este problema, aunque el polimorfismo sigue muy difundido en la literatura sefardí. A la ortografía del judeo-español la autora dedica también las páginas 130-132 de *Tela de sevoya*. En cuanto a la presencia de la letra 'k' en la escritura ladina, Moscona sintetiza: «Por otra parte, hay una explicación que da cuenta de la profusa letra 'k', visible en tantas palabras. Una inmensa comunidad de judíos



El señor José Stem decía otro tanto del señor José Covo:

- Un verdadero *nudnik*, la peste —le murmuraba José a su padre en yidish, esa lengua que nunca dejaron de hablar (Moscona, 2012 p. 252).

A pesar de ser judíos, los dos se sienten diferentes, no se reconocen en las tradiciones del otro. Al señor Covo le da asco el *pishkado friyo*³ que come el señor Stem y a este «le producían estertores las costumbres salvajes del sefardí» (Moscona, 2012, p. 253), hasta exclamar:

Los sefaradim⁴ no son judíos, no son verdaderos yidish, no son normales. Al señor Covo le reventaba que el señor Stem usara la palabra “yidish” como sinónimo de judío:

- *Se piensan el ombligo del mundo nuestro*⁵! (Moscona, 2012, p. 253).

La lengua es una marca distintiva de la identidad, hasta coincidir con ella, mucho más que la religión o la procedencia geográfica. Si para el señor Stem “yidish” es sinónimo de judío, “español” lo es para los sefardíes en varias ocasiones. Por ejemplo cuando, a principios del libro, se cuenta la llegada de la otra abuela, Esther, a México, país que no conocía en absoluto:

Esther Benaroya creció envuelta en ese español entreverado con palabras de otros mundos. El judeo-español no fue la lengua de sus estudios pero sí la que escuchó de sus padres y abuelos. [...]

Al desembarcar en estas tierras pensó por un momento que todos los mexicanos eran de sangre judía. Todos hablaban español, esa lengua de los sefardíes de Turquía y de Bulgaria. *Ama aki lo avlan malo, malo... no saven dezir las kozas kon su muzika de orijin*⁶ (Moscona, 2012, p. 12).

que dejaron España tras la expulsión en el siglo xv fueron a refugiarse al imperio otomano. En ese entonces, el ladino se escribía con letras hebreas pero con un discurso en castellano. Siglos después, el presidente turco Kamel Atatürk, en su afán por occidentalizar Turquía, decretó que la escritura de su país debía renunciar a su alfabeto en forma definitiva y pasaría a escribirse con caracteres latinos. Eso explica que la lengua turca arrastrara a la escritura judeo-española a pasar por la misma criba» (Moscona, 2015, p. 13).

3. La palatalización de la *s* implosiva ante consonante velar o a finales de palabra es otro rasgo típico del judeo-español, así como la debilitación de la vocal protónica pescado > *pishkado* (aunque menos frecuente y presente también en algunas hablas de España). El *pishkado friyo*, ‘pescado frío’, es probablemente el Gefilte fish, plato típico de la cocina judía de Europa oriental.

4. *Sefaradim*: El sufijo *-im* (יִם) indica el plural masculino en hebreo, y aquí se combina con el topónimo *Sefarad* (España) para formar el gentilicio sefardíes, que, por lo tanto, etimológicamente significa sencillamente, ‘españoles’.

5. La sustitución de la inicial *n-* por *m-* se ha generalizado en todo el mundo sefardí, especialmente en los pronombres personales (*mosotros*) y en los adjetivos o pronombres posesivos, como en este caso.

6. ‘Pero aquí lo hablan mal, mal... no saben decir las cosas con su música original’. *Ama* es



Efectivamente las comunidades judías búlgaras estaban formadas casi exclusivamente por sefardíes. «Nuestros judíos son españoles» le dijo el rey Boris de Bulgaria al militar Joachim von Ribbentrop, intentando defender a los judíos de su país de la deportación (Moscona, 2012, p. 93), revelando la sustancial identificación del grupo étnico y religioso con su lengua. Por eso es normal que la abuela asociase ese idioma a la identidad judía. E incluso que la otra abuela, Victoria, se enojase porque la gripe que había matado a más de cuarenta millones de personas en Europa se llamase “española”: «*–Por kualo “espanyola”, bre? —*pues pensaba que los desprestigiaba a ellos, como familia que en el interior de la casa hablaba *espanyolit’*» (Moscona, 2012, p. 88).

No parece casualidad que este último episodio esté contado en un pasaje del libro que contiene varias reflexiones y narraciones que tienen el idioma como protagonista (Moscona, 2012, pp. 79-94). Este imaginario apartado lingüístico empezaría con el viaje a Plovdiv de la narradora, en busca de los últimos hablantes del ladino, de sus orígenes familiares y de las últimas comunidades sefardíes de Bulgaria. Aquí encuentra al rabino de la ciudad y cuenta, en castellano, que sus diálogos con él y con su esposa se desarrollan en ladino y hebreo. Además, cita las palabras del *Kadish* en arameo, lengua que ella desconoce, que son «de una belleza sonora que siempre remite al amor por los seres queridos», belleza que le viene también del hecho de contener «una carga poderosa que ha sido repetida por milenios. Durante generaciones y generaciones, miles, millones de deudos han dicho estas palabras en momentos de dolor» (Moscona, 2012, p. 81). Unas páginas “multilingüísticas” que, una vez más, nos hablan de identidad y de identificación. El rabino y su mujer en Bulgaria, en una comunidad judía cada vez más reducida y vieja, se aferran al ladino, al hebreo e incluso al arameo para perpetuar su historia, para conectarse espiritualmente con las generaciones pasadas y ponerse en continuidad identitaria con ellas. Esta parece la única manera de sentirse “en casa”, ya que una identificación con la tierra resulta más difícil y

adversativo de origen turco. En la frase se aprecian también rasgos fonéticos del castellano medieval que permanecen en el judeo-español: antes que nada no se produce el ensordecimiento de la dental /s/, permaneciendo la distinción entre el sonido sonoro /z/ y el sordo /s/. El primero se encuentra sobre todo en contacto con elementos sonoros, como ante consonante sonora (*azno, ezgrimar*) o en posición intervocálica, como los ejemplos aquí presentes: *dezir, kozas, muzika*. Además, cabe subrayar que el sonido indicado gráficamente con una *j* en la palabra *orijín* es una prepalatal fricativa sonora, fonema medieval que en castellano ha desaparecido a favor de la velar /x/.

7. ‘Por qué española, oye?’. *Espanyolit* es otro nombre del ladino, que hace referencia al origen hispánico de la lengua.



problemática. Al ser interrogado sobre el motivo de su permanencia en una comunidad que está desapareciendo, el rabino contesta, con una dosis de fatalismo:

- No sé por kualo no mos fuimos. Mos akodramos ke en algunas sivdades de Evropa se pintavan en los muros: “Djidyós tornen a Palestina”. En Palestina pintavan en los muros “Djidyós tornen a Evropa”. Mozos nos kedimos aki, en kaza⁸ (Moscona, 2012, p. 83).

Una confesión que expresa su dificultad de encontrar un lugar en el mundo, o un país al cual pertenecer y que les pertenezca.

No por casualidad después de este capítulo donde la lengua adquiere un gran protagonismo viene otro que es una reflexión sobre los idiomas y su unicidad:

Hay palabras que sólo existen en un idioma porque pertenecen a esa visión del mundo y a ninguna otra. A menudo los traductores se quiebran la cabeza para desbaratar el significado de una palabra que no tiene correspondencia en ningún otro espacio lingüístico (Moscona, 2012, p. 84).

Es por esta razón que cuando una lengua muere, no desaparecen solo sus palabras, sino un mundo entero, como ha repetido la misma Moscona en varias ocasiones. La idea de la muerte está siempre presente en el libro y en esta fase sus representaciones y evocaciones se alternan a las consideraciones sobre la lengua, como si las dos cosas estuvieran estrechamente conectadas. De hecho, en este punto Moscona cita la carta que el escritor francés Marcel Cohen le escribió en ladino al pintor Antonio Saura, un texto lleno de sentimiento de pérdida, de abandono, de amor por sus raíces y su lengua, de muerte:

Kuando no ai nada ke meldar en tu lingua, dinguño de tus amigos por avlarla con ti, kuando el poko ke te keda no lo vas a dechar a dinguño después de ti [...] saves ke la moerte avla por tu boka. La moerte avla por mi boka... A vedrá dezir, ya esto moerto yo⁹ (Cohen, 1982, p. 19).

8. ‘No sé por qué no nos fuimos. Nos acordamos que en algunas ciudades de Europa se pintaba en los muros: «Judíos vuelvan a Palestina». En Palestina se pintaba en los muros: «Judíos, vuelvan a Europa». Nosotros nos quedamos aquí, en casa’. El verbo *akodrase* presenta algunas de las características ya citadas, como la falta de diptongación y la metátesis *-rd- -dr-*. El verbo *kedarse* presenta la forma de las primeras personas en *-í*, típica del pretérito indefinido judeo-español.

9. ‘Cuando no hay nada que leer en tu lengua, ninguno de tus amigos para hablarla contigo, cuando el poco que te queda no lo vas a dejar a nadie después de ti [...] sabes que la muerte habla por tu boca. La muerte habla por mi boca... a decir verdad, ya estoy muerto yo’. *Meldar* es un arcaísmo castellano que significa ‘leer’ y ‘aprender’. La disimilación de la nasal *n*, fenómeno típico



Si la idea de muerte en *Tela de sevoya* está tan presente que penetra hasta en los sueños de la narradora (que cuenta una pesadilla en la cual una mujer intenta matarla), la lengua se configura cada vez más como un medio para resistirle, para parar el tiempo y “rebobinarlo”:

La única forma de traducción que la memoria tiene a su alcance es el lenguaje. Sólo el materno nos da la entrada a ese valle nativo y único en el que decimos mejor aquello que pensamos. Aun cuando hablemos con soltura otros idiomas, aquel en que nos brotan los insultos, las operaciones aritméticas y las expresiones intempestivas suele ser el de nuestra lengua primera. En ella conservamos los fotogramas de toda la cinta vital que nuestro cerebro nos traduce en forma de recuerdos. [...] De modo que no es del todo extraordinario que un grupo de exiliados conserve su lengua y la transmita a los suyos durante un tiempo, pero sí resulta notable que durante alrededor de treinta generaciones el ladino se haya mantenido en efervescencia pese a que sus hablantes estaban ya integrados en distintos países europeos y africanos (Moscona, 2012, p. 90).

El ladino, pues, es lenguaje, traducción, memoria. Lenguaje de una comunidad que lo ha mantenido durante siglos, traducción verbal de los recuerdos de una vida entera, memoria colectiva de un pueblo que se aferra a él para no morir.

A lo largo de la narración se producen innumerables contactos con los antepasados o con personas de épocas remotas, especialmente a través de sueños o “revelaciones”. Hacia el final de libro, en uno de estos momentos oníricos y de conexión directa con el mundo de los muertos¹⁰, la protagonista / narradora / autora recibe un encargo:

Luego viene una voz dulce, me murmura en ladino, me canta canciones de cuna y, sin embargo, ella está muerta hace más de treinta años.

Y dormida repito ideas que no son mías, aunque lo son porque me dan

del habla popular en zona castellana y catalana da lugar a *dinguno*. *Dechar*, con la palatal sorda escrita con *cb* revela el origen francés de quien escribe.

10. En la novela los capítulos tienen títulos que se repiten siempre iguales, según la tipología de texto que encierren: bitácora de viaje (“Diario de vaje”), apuntes de historia (“Pisapapeles”), poemas (“Kantikas”), etc... Normalmente las revelaciones y los sueños van en los capítulos titulados “Molino de viento”. Esta revelación, en cambio, se encuentra en un capítulo llamado “Distancia de foco”, título que normalmente recoge párrafos en los cuales la autora cuenta la historia de sus ancestros. Esto haría pensar en un momento real y concreto, más que onírico. Sin embargo, es una característica de todo el libro la de alternar e incluso mezclar tipologías literarias, lenguas, intenciones, inspiraciones, tiempo presente y pasado, vida real e imaginada, personajes existidos e inventados... creando un amalgama magmático que sigue el funcionamiento del cerebro humano y su proceder por asociaciones e intuiciones, sobreponiéndolas y ordenándolas.



noticias de la existencia. Irrumpe la voz de la maldita, me lleva del miedo a la calma, de la calma al miedo. Cállate, habla; habla, cállate.

Alguien me dice en el sueño que debo escribir en ladino. Y entonces regresa esa oración que, ahora sí, parezco entender de otra manera (Moscona, 2012, p. 266).

Escribir en ladino es una misión que le exigen sus muertos, porque es la única manera para que ellos puedan ser recordados. Hay personas, cosas, mundos que solo existen en un determinado idioma, «La única forma de traducción que la memoria tiene a su alcance es el lenguaje». Si este idioma se pierde, ellos también serán olvidados. Una tarea que yo le había asignado su abuela:

- *Avla* —me decía mi abuela— *de las kozas komo las sientes de mí. No solo avles este espanyol tuyo de djente moderna. Ansina te vas a ambezar a dezir las kozaz prennyadas kon su gueso de orijín. Me estas entendiendo kualo digo, janum?*¹¹ (Moscona, 2012, p. 215).

El ladino es la lengua de los muertos, que hablan a través de la narradora. En varios episodios del libro se nota que todos los personajes están muertos excepto ella, que es «la última kreature» (Moscona, 2012, p. 59), el eslabón abierto de la cadena. Por eso ella se encuentra, igual que el mismo ladino, entre la vida y la muerte, como emerge también en una de las páginas más significativas en este sentido, y también líricamente más altas de la novela:

A Dio Patrón del mundo! No saviya ke con los ojos serrados los moertos te avlan en linguas de atrás, del tiempo de atrás, komo ese pásharo ke entiero se avre para volar, ama vuela de adielante para atrás, porque no le importa ande va. Le importa de ande viene. [...]

Me esto akodrando algo ke ambezí de oydo, komo una kantika de kuna ke ainda kantas en la viejes. Prime ke te estés en mi oyido, prime ke no me

11. 'Habla —me decía mi abuela— de las cosas como las oyes de mí. No sólo hables este español tuyo de gente moderna. Así te vas a acostumbrar a decir las cosas impregnadas con su hueso de origen. ¿Entiendes lo que te digo, cariño?'. *Djente*, como sugiere la grafía fonética, mantiene el sonido medieval prepalatal fricativo sordo. *Ansina*, la forma antigua del adverbio 'así', se ha perdido en el castellano actual pero se ha generalizado en judeo-español, donde convive con la forma *ansí*. *Ambezar/ambezar* es voz judeoespañola procedente del castellano medieval *avezar*, 'acostumbrar' y, por extensión, 'enseñar', 'aprender'. *Gueso*, 'hueso', presenta un refuerzo velar ante el diptongo /we/, fenómeno recurrente en el español dialectal y en el judeo-español balcánico. *Janum* es un apelativo cariñoso mutuado del persa a través del árabe o del turco (con ambas lenguas estuvieron en contacto las comunidades sefardíes, en la península ibérica antes de la expulsión, y en el imperio turco otomano después).



dejes, prime ke agora mos agamos el aver liviano, ke mos kedemos injuntas aki, avlando las dos entre la vida i la moerte¹² (Moscona, 2012, p. 45).

Cerrar los ojos, primer paso hacia toda introspección, hace que aflore una lengua que se remonta al pasado, a la niñez («komo una kantika de kuna») e incluso a una época más remota, la de sus muertos y de las generaciones pasadas, que emergen en el libro con sus historias, contadas con dulzura, nostalgia e ironía.

Es por eso que *Tela de sevoya* es una novela coral, que tiene muchas voces y muchos protagonistas de diferentes lugares y épocas. Nace de la urgencia biográfica y de la fantasía de la autora, pero da voz a testimonios recogidos de hablantes del ladino, estudiosos de judeo-español que expresan sus ideas científicas y que la autora pone en contacto a través de un diálogo a distancia, cartas entre personajes verdaderos o inventados, documentos originales, diálogos reales o imaginarios¹³, frecuentes citas de libros de los cuales, a menudo, no se indica el autor, ya que no es importante quien las escribió, sino la sintonía que se siente con sus palabras y lo bien que glosan una determinada sensación. Todas estas voces conocidas o anónimas en español y ladino constituyen las capas de la *sevoya* y juntas contribuyen a tejer su *Tela*.

Referencias

- Cassani, A. (2010). Sefarad en América. La lengua judeo-española como autodefinición en Rosa Nissán, Matilda y Rajel Barnatán, Denise León, Juan Gelman y Myriam Moscona. *Letterature d'America*. XXX (131-132), pp. 91-119.
- Cassani, A. (2014). 'Los moertos te avlan en linguas de atrás'. *Tela de sevoya* di Myriam Moscona. *Altre Modernità*, Numero speciale Migrazioni, diaspora, esilio nelle letterature e culture ispanoame-

12. '¡Ay Dios Todopoderoso! No sabía que con los ojos cerrados los muertos te hablan en lenguas de atrás, del tiempo de atrás, como ese pájaro que se abre para volar, pero vuela de adelante hacia atrás, porque no le importa adonde va. Le importa de donde viene. [...]. Me acuerdo de algo que aprendí de oído, como una cantica de cuna que todavía cantas en la vejez. Necesito que te quedes en mi oído, necesito que no me dejes, necesito que ahora nos hagamos el aire leve (que nos mantengamos de buen humor), que nos quedemos juntas aquí, hablando entre la vida y la muerte'. Además de los fenómenos que ya hemos señalado, como la presencia de arcaísmos, de formas consideradas populares en el castellano actual (*ande*) y de algunas particularidades de la diptongación, cabe añadir que en judeo-español, como en muchas hablas castellanas, el seseo se ha generalizado (*serrados*). *Ainda* es portuguesísimo que significa 'todavía'.

13. Como los testimonios, verdaderos o verosímiles, de las frecuentadoras del *klubo del ladino en Sofía*. (Moscona, 2012, p. 67).



- ricane, pp. 242-251. <http://riviste.unimi.it/index.php/AMonline/article/view/4144/4217>
- Cassani, A. (2014). ‘El eslabón abierto de una larga cadena’. La lingua ritrovata nel viaggio identitario di Myriam Moscona. *Letterature d’America*. XXXIV (151-152), pp. 169-186.
- Cohen, M. (1985). *Letras a un pintor ke kreyta azer retratos imaginarios*. Madrid: Almarabu.
- EFE (2014, 6 de mayo de 2014). Myriam Moscona: ‘He soñado mucho con poder dejar una memoria del ladino’. *El Confidencial*. Recuperado de http://www.elconfidencial.com/ultima-hora-en-vivo/2014-05-06/myriam-moscona-he-sonado-mucho-con-poder-dejar-una-memoria-del-ladino_250355/
- Hevia, E. (2014, 22 de mayo de 2014). En una gota de ámbar. La escritora mexicana Myriam Moscona publica ‘Tela de sevoya’, un libro de memorias y reflexiones sobre la lengua de sus abuelos, el ladino. *El periódico de Aragón*. Recuperado de http://www.elperiodico-dearagon.com/noticias/escenarios/gota-ambar_943644.html
- Lleal, C. (1992). *El dialecto sefardí y su historia*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Moscona, M. (2012). *Tela de Sevoya*. México: Random House Mondadori. [Edición española: Moscona, M. (2014). *Tela de Sevoya*. Barcelona: El Acantilado].
- Moscona, M. & Sefamí, J. (eds.). (2013). *Por mi boka. Textos de la diáspora sefardí en ladino*. México: Lumen.
- Moscona, M. (2015). *Ansina*. Madrid: Vaso Roto.